



PAISAJE Y LITERATURA

Con motivo de la celebración en el Aula Magna del Jardín Canario de un Seminario sobre Cultura y Ecología, en que se pretendía examinar la relación del hombre con la Naturaleza como extensión de su cultura, tuve el honor de ser invitado a una de las mesas de estudio en que se debatía el valor lúdico de la Naturaleza y concretamente se formulaba una pregunta: ¿Existe la Cultura sin la Naturaleza?...

Yo me he parado a reflexionar sobre todo esto. He revisado todas las teorías sobre la Cultura y al final he llegado a una consecuencia rotunda. Creo que no es posible ni la Literatura, ni la Pintura, ni el Arte, ni la Cultura en general sin tener en cuenta la Naturaleza.

Azorín dice en su libro *Madrid*, XIII: "Si a un clásico se le hubiera dicho que el paisaje podría constituir la obra literaria, no lo hubiera entendido... Para los antiguos, el hombre y no la Naturaleza, el hombre y no la tierra, el hombre y no el color y la línea eran lo esencial".

Desde muy antiguo los hombres siempre tuvieron presente la Naturaleza y el paisaje en sus manifestaciones artísticas y culturales, aunque muchas veces fueran aludidos o descritos con breves trazos; pero podemos decir que siempre han estado presentes, aunque no nos dieran voces.

Sin la Naturaleza no hay vida y el caos se enseñorea de todo. El Génesis, al hablar de la creación del Universo, dice:

"Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos; las tinieblas cubrían el abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas".

También Ovidio en su *Metamorfosis* nos cuenta que

"Antes de existir el mar, la tierra, el cielo... existía el caos... La Tierra no se encontraba todavía suspendida en el vacío. No se conocían las riberas de los mares... Todo era informe".

En esas circunstancias la vida no era posible. Dios en la Biblia y los dioses o el creador de la naturaleza, según Ovidio, acabaron con estos despropósitos y dispusieron un equilibrio para hacer

posible la aparición del hombre en la tierra.

Y empieza el momento de la creación. La obra creadora se va distribuyendo en un orden ascendente, de lo material a lo animal, pasando por lo vegetal, hasta culminar en el hombre, corona y rey de la creación.

Los antiguos tratadistas de Ascética de nuestro Siglo de Oro, cuando escriben sus tratados de meditación, dicen que, antes de entrar de lleno en el tema de la oración mental, se debe fijar una "composición de lugar" para evitar que la mente divague y nos distraiga y hay que situarse mentalmente en una situación real afín con el tema de la meditación.

Si consideramos nuestra vida real como un ejercicio de meditación, la Naturaleza y el paisaje que nos rodea serían la composición de lugar establecida para fijar, dar sentido y realidad a nuestra propia existencia.

Sin la Naturaleza la vida del hombre sería, como antes de su creación, soledad y caos. La Naturaleza y el paisaje van siempre apareados con el hombre y sus manifestaciones culturales.

Y esto lo podremos ver si abrimos las páginas de los mejores escritores de nuestra lengua o incluso de otras lenguas extranjeras.

No hace falta hacer un amplio recorrido a lo largo de la Historia de la Literatura. Un ligero repaso a nuestra Literatura grande nos servirá para corroborar esta afirmación mía.

Si abrimos la Literatura Española, nuestra primera parada obligatoria tendrá que ser ante el *Poema del Cid*, el primer monumento conocido de la épica castellana, donde vamos a entrar por primera vez en contacto con la naturaleza a través de las letras. Pero nos vamos a encontrar con una naturaleza muy simple, son meras enumeraciones de elementos naturales: la sierra o la llanura, el yermo o el poblado, el día o la noche, la tierra o el río... Pero todos esos elementos no tienen todavía valor estético. Más bien, como dice Joaquín Artilles en su libro *Paisaje y poesía en la Edad Media*, se trata de un paisaje castrense y lo que se presenta es "monda orografía de guerra".

Cuando el juglar alude a la tierra nos dice solamente que es 'angosta e sobejana de mala'. De la sierra nos asegura que es 'fiera e grande' y del monte, que es 'maravilloso'.

Pero no hay valores estéticos. Todavía el escritor no se ha percatado de la importancia que la Naturaleza tiene, dentro de la obra literaria y las alusiones con que nos encontramos son casi inconscientes. Tampoco ha aparecido en la Literatura algo tan importante como el color. Nuestra Literatura, como las primeras manifestaciones cinematográficas o de televisión, son en blanco y negro. Para el juglar del *Mío Cid* todavía la tierra es 'gris e parda'. Tendremos que esperar unos años, para que Gonzalo de Berceo abra nuevas percepciones a los ojos, al olfato y a los oídos:

"... en medio de un prado
verde e bien sencido, de flores
bien poblado"...

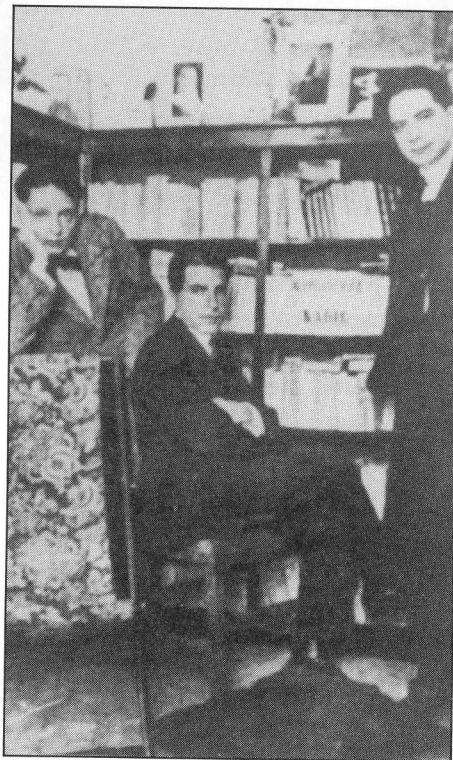
"daban olor soveio las flores bien
olientes"...

"Odí sonos de aves dulces e mo-
dulados".

Será en el siglo XV, siglo de transición y contrastes, cuando va a preferirse una visión muy limitada, pero rica y artificiosa de la naturaleza.

El Quattrocento había puesto de moda a dos grandes poetas italianos: Dante y Petrarca. Dante, con su *Comedia*, a la que el Renacimiento bautizó con el nombre de *La Divina Comedia*, había puesto de moda la selva, esa selva en la que el autor se encuentra 'a la mitad del curso de su vida'.

El profesor Orozco Díaz dice que en nuestra literatura esa selva dantesca se viene a sustituir por el vergel, el huerto o el jardín.



Y dentro de esta tendencia está el Marqués de Santillana. La naturaleza que aparece en su obra se reduce a un paisaje luminoso, perfumado con música de ruiseñores y olor de rosas:

*En este sueño me vía
un día claro e lumbroso,
en un vergel muy fermoso
reposar con alegría.*

*El cual jardín me cubría
con sombras de olientes flores,
do cendraban ruiseñores
su perfecta melodía...*

*En un verde prado
de rosas e flores...*

También en *La Celestina* los amores de Calixto y Melibea se ven arropados por la presencia de la naturaleza. Calixto cuando está en su casa recuerda 'aquel paraíso dulce, aquel alegre vergel, aquellas suaves plantas y fresca verdura'. En tanto que Melibea le dice a Calixto:

*"Todo se goza este huerto con tu
venida. Mira la luna cuán clara se
nos muestra; mira las nubes cómo
huyen. Oye la corriente agua
de esta fontecica, cuánto más suave
murmurio lleva por entre las
frescas hierbas. Escucha los altos
cipreses, cómo se dan paz unos
ramos con otros por la intercesión
de un templadico viento que lo
menea. Mira sus quietas sombras,
cuán oscuras están y aparejadas
para encubrir nuestro deleite".*

Viene luego el Renacimiento, en que la cultura española adquiere su plena madurez. Los poetas vuelven sus ojos al exterior y, con exquisito tacto, unen el recuerdo de la amada a todas las sensaciones agradables de la Naturaleza, como ya se había anticipado en *La Celestina*. Es muy frecuente encontrar una evidente correlación entre la descripción de la Naturaleza y el estado de ánimo del poeta; de tal manera que la relación de los elementos naturales viene a ser una plasmación metafórica de los afectos y sentimientos del autor. Por eso leemos en Garcilaso:

*"Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba".*

En la tradición petrarquista, que se ha colado en España a través de Europa, los confidentes predilectos de los amores del poeta son la propia naturaleza y los elementos naturales.

La noche es muchas veces símbolo de tristeza y desesperación y otras, tiene la faz amable y amistosa de una confidente callada y secreta.

Así se lee en Fernando de Herrera:

“Cuán bien, oscura noche, al dolor mío conformas y resuenas a mi llanto, murmurando con sordo i triste canto entre estas duras peñas alto río”.

El amor, dentro del petrarquismo, es una pasión avasalladora; a menudo tiene carácter mortífero y arrasador que empuja irremisiblemente al poeta. Y esos amores tendrán siempre como marco un paisaje de desolación, trasunto del alma del amante; por lo que también solemos encontrar al poeta desdeñado por su amada en paisajes que unas veces son desiertos, otras tórridos o helados, pero siempre desapacibles.

El hombre sabio del Renacimiento aspira a retirarse de la vida agitada de las grandes aglomeraciones para poder contemplar más de cerca la belleza del mundo natural.

Aparecen obras como *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea* o poetas como fray Luis que exclaman:

*“Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo
[han sido”.*

o



“Dichoso el humilde estado del sabio que se retira de aqueste mundo malvado”.

También Don Quijote de la Mancha, cuando es vencido en la playa de Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna y promete retirarse durante un año de su vida de caballero andante, piensa asimismo marcharse al campo y convertirse en pastor:

“Yo compraré algunas ovejas y demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias... Nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo los líquidos cristales de las fuentes o ya de los limpios arroyos o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asientos los alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire puro, luz la luna y las estrellas”...

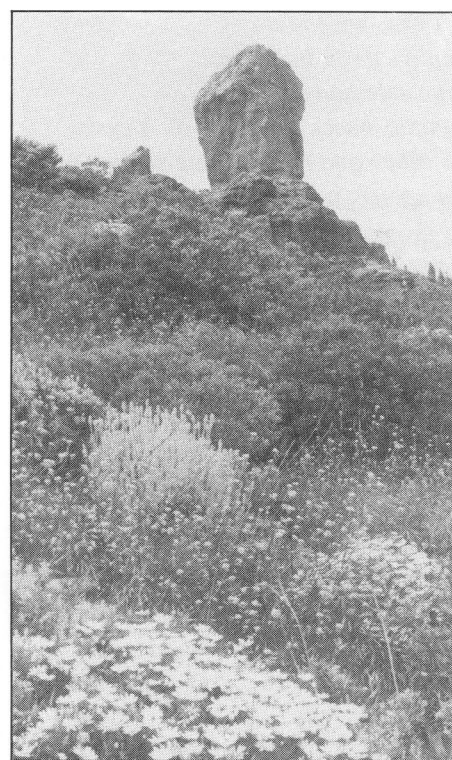
San Juan de la Cruz, en el *Cántico Espiritual* nos presenta al alma que va en busca de su Amado y se dirige a las criaturas:

*“Pastores los que fuéredes
allá por las majadas al otero,
si por ventura viéredes
a aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero...
¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!...”*

Las criaturas responden al unísono:

*“Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó con su hermosura”.*

No queremos seguir citando versos de este poema, en algunos de cuyos fragmentos nos da la sensación de un tono de letanía en que se acumulan objetos y seres de la naturaleza en una enumeración caótica, pero que el Ama-



do, por el solo hecho de dirigirles su mirada, las hace perfectas. Ya que el mundo se viste de alegría y de hermosura bajo la mirada de Dios.

Cuando llega el Barroco el hombre se para en contemplar la superior belleza de esos mil detalles que configuran la vida cotidiana y que generalmente pasan inadvertidos: los matices de las plantas y de las flores, las criaturas que nos rodean.

Algunas veces, como pasa en las *Soleidades* de Góngora, la Literatura se convierte en un verdadero bodegón poético.

Frente al desencanto que le proporciona al hombre del siglo XVII la vida de cada día, va a encontrar un asidero en los encantos de las realidades minúsculas y entrañables que rodean el medioambiente.

Es lo que Guillermo Díaz Plaja llamaba “la sensualidad barroca”.

Este epicureísmo hace que el hombre se abstenga de buscar placeres que arrastren consigo dolores y se entregue a la admiración de las realidades más desatendidas.

Es el momento oportuno en que puede aparecer un Francisco de Rioja, el cantor de las flores, y exclame:

“Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?”

o en que un Calderón de la Barca se la-mente diciendo:

“Éstas que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría”.

Parece que el ideal barroco se centra en la abstinencia frente a las pasiones desbordadas, en la búsqueda del sosiego y la intensa entrega a disfrutes inocentes y en la contemplación de la Naturaleza y de las realidades minúsculas que la rodean.

A partir del movimiento romántico, en el siglo XIX, se trae la Naturaleza al Arte como elemento esencial y no como algo accesorio. Es, a partir de entonces, cuando el paisaje empieza a desplazar al hombre y deja de ser escenario para convertirse en actor, deja de ser un simple telón de fondo para adelantarse a las candilejas y exponer también su mensaje.

Poetas y prosistas que describieron paisajes y que se ocuparon de la Naturaleza han existido siempre. Lo que va a ser una verdadera innovación es el pai-

saje por el paisaje, el paisaje en sí, como único protagonista de la novela, del cuento o del poema.

Llegará más tarde la novela realista y el Naturalismo. El paisaje se convertirá en parte integrante de la obra y con frecuencia será el móvil de la acción de los personajes; de tal manera que, a menudo, ese paisaje, llámese mar o montaña, viene a ser el auténtico protagonista. Y por señalar a un autor, cito a Pereda con *Peñas arriba* o *Sotileza*.

Con el Naturalismo se propende la imitación de la Naturaleza como norma suprema del arte, aunque hay una preferencia por los ambientes bajos y los tipos anormales. Se busca lo más desagradable de la Naturaleza; pero ésta se vincula de manera definitiva a la novela y llega a formar parte de ella. Incluso doña Emilia Pardo Bazán tiene una titulada *La madre Naturaleza*.

Y finalmente, entre la gran eclosión de poetas y novelistas del siglo XX, no quiero dejar de citar a uno de los más grandes, Pío Baroja. Pío Baroja ha descrito de forma impresionante el paisaje de Castilla y sobre todo el de Vasconia.

Sin duda, y estoy totalmente de acuerdo con Azorín, Baroja ha sido el artista que más penetrantemente ha sabido describir el paisaje vasco. El paisaje en Baroja tiene un fondo de espiritualidad. No hay emoción más

honda en las letras modernas españolas que las que nos da este escritor en alguna de sus novelas, como, por ejemplo, *La casa de Aizgorri* o *Las inquietudes de Shanti Andía*.

Dice Azorín que no es posible que en la descripción de los pueblos vascos, de sus costas y de sus mares, el idioma castellano pueda llegar a una más alta expresión de espiritualidad en la pintura de las cosas y de los hombres.

Cultura y Naturaleza, Literatura y Paisaje no pueden ir por distintos caminos. De nuevo Azorín en su obra *El paisaje de España visto por los españoles* tiene una afirmación demasiado rotunda y tajante al respecto, que, de aceptarla, es la prueba más patente de la íntima vinculación Naturaleza/Hombre:

“El paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos. Un estético moderno ha sostenido que el paisaje no existe hasta que el artista lo lleva a la pintura o a las letras. Sólo entonces —cuando está creado en el arte— comenzaremos a ver el paisaje en la realidad”.

ANTONIO CABRERA PERERA
Catedrático de Literatura
Director de la Biblioteca Pública del Estado

